

MI VISITA A CORREA EN SOTO DEL REAL

Nunca quiso ser Corleone aunque le apodaran Don Vito, pero sí decía que era tan inteligente que el mundo no estaba a su nivel. Este es el relato más íntimo de mis visitas a Francisco Correa **POR DAVID LÓPEZ CANALES**

Francisco Correa nunca fue don Vito. Nadie lo llamaba así. Tampoco pidió que lo hicieran. Ese apodo con el que se le conoce fue una casualidad. Aquel día su contable, José Luis Izquierdo, condenado también en el caso Gürtel, necesitaba completar la casilla de las cuentas que anotaba. “¿Y qué pongo? ¿A quién digo que va este dinero?”, preguntó en la oficina principal de Correa, en la madrileña calle Serrano. “¡Pon lo que quieras! Pon don Vito”, le respondió Correa. E Izquierdo, sumiso, lo puso. Fue una broma, pero él siguió anotando aquel nombre en la contabilidad paralela, los pagos que salían de la caja B, la que sustenta el caso Gürtel que a finales de mayo en la Audiencia Nacional tuvo el desenlace más potente del proceso con el premio más gordo para él: 51 años de cárcel.

El contable le tenía pánico. Él no venía del mundo de los negocios. Había trabajado antes 15 años en un vivero, hasta que cerró. Ni era ningún cerebro financiero. Solo un administrativo. Correa lo menospreciaba. Le despedía cada vez que había cotizado suficiente para cobrar el paro y le completaba el sueldo con dinero en metálico. Cuando se le agotaba la prestación, volvía a darle de alta. A Izquierdo le había dicho, una, dos, muchas veces, que aquella información que tenía anotada, aquellas cuentas donde figuraba don Vito, no debían estar en la oficina. Que las escondiera. Izquierdo las tenía almacenadas en un *pendrive*. Pero se le olvidaba llevárselo. Una vez, dos, muchas. Hasta que aquella mañana de febrero de 2009 fue demasiado tarde.

Aquel día llamaron al timbre de la oficina y al abrir la puerta se encontraron un pelotón de policías que arrasaron con todo. A Izquierdo lo detuvieron tratando de esconder el *pendrive*. De aquel dispositivo salieron las cuentas con las que se ha condenado a exmiembros del

Partido Popular y a su extesorero, Luis Bárcenas. Correa fue un jefe tiránico, pero tenía algo que a aquel contable asustado le hacía sentir cierta lealtad por él. “No puedo explicarlo... Me trató mal. Pero siento cercanía por él. Tal vez sea una especie de síndrome de Estocolmo”, me confesó Izquierdo en una ocasión. “El caso es que no le odio”.

“YO HE HECHO LO QUE TODOS”

Detrás de la gomina, del marcado acento chulesco de Madrid, ciudad a la que llegó siendo un niño tras haber nacido en Casablanca, de la soberbia, de la pose, en definitiva, que mostraba en las fotografías repetidas durante años o en directo, como en las declaraciones judiciales, aparece un personaje diferente. Bárcenas salió de la prisión tras haber pasado más de un año y medio encerrado y presumía y amenazaba.

Lo conocí en la cárcel: le molestaba el ruido que hacían las familias gitanas en las visitas de fin de semana

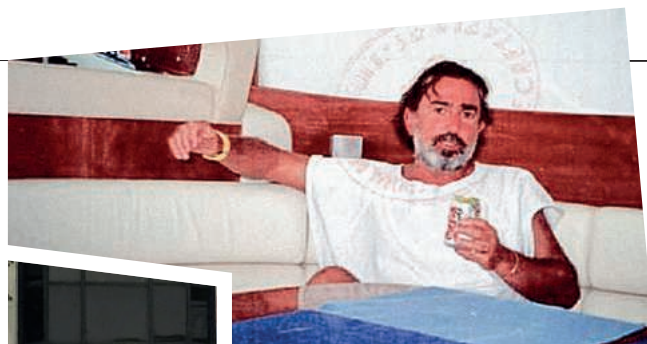
Cuando Correa abandonó la cárcel, tras más de tres años y medio de preventiva, en junio de 2013, descubrió que se había convertido en un rostro muy popular. Demasiado. Y evitaba la calle porque se topaba con gente que le chillaba ladrón o lo llamaba chorizo. A Correa se le atragantaban las palabras, hundía la cabeza y quería desaparecer. Le dolía.

Conocí a Correa en la cárcel de Soto del Real. En marzo de 2010 me autorizó

a que lo visitara. Fui el único periodista que lo hizo. Había llegado allí en febrero de 2009. Su paso por la prisión, pensó entonces, sería rápido. Aún se preguntaba qué hacía él, un empresario, rodeado por delincuentes, por traficantes de drogas, por drogadictos con más dedos que dientes, por ladrones. Cuando llegó, creyó además que tendría mucho apoyo exterior. Durante aquella época estuve en contacto con una antigua empleada que trabajó con él casi veinte años. La suya ni siquiera había sido una relación idílica. Aquella mujer me contaba que la rabia de Correa alcanzaba límites impensables. En una ocasión estaba tan iracundo contra ella que golpeó a puñetazos y patadas la puerta del aseo en el que ella se había encerrado para que saliera. Pero se mantuvo a su lado todo el tiempo. Cuando ingresó en Soto del Real, Correa le pidió que se apuntara en la lista de visitas de su primo, Antoine Sánchez, también encarcelado. Así, el día de visita, Sánchez podría colocarse en la cabina contigua a la de ella y él también la vería si necesitaba solicitarle algo. Como le dijo, él iba a tener mucha gente que iría a verlo y su lista de visitas se desbordaría. Pronto descubrió que nadie lo haría. Que estaba solo.

Las visitas de los fines de semana no le gustaban. Le molestaba el ruido que hacían las familias gitanas. Aquel día que estuve con él vestía un chaleco de algodón gordo marrón y vaqueros. Llevaba el pelo suelto y estaba demacrado. No era el mismo Correa que hacía con chaqué el paseillo de entrada al Monasterio de El Escorial en 2002 en la boda de Ana Aznar y de su amigo Alejandro Agag, del brazo de su todavía entonces mujer, Carmen Rodríguez Quijano.

Correa estaba cabreado. Golpeaba el cristal que nos separaba con los nudillos para remarcar sus palabras. “Yo no he comprado un traje a Camps. ¡Le he comprado docenas!”, soltó. “Yo he hecho



“Harías bien en irte a vivir a Londres –me dijo–, este país está lleno de ladrones”



A partir de aquel momento se acostumbró a su vida en la cárcel. Seguía leyendo sus revistas de yates, pero había aprendido ya que los estilismos de Sotogrande no se aplican en



Soto del Real. Que allí había que vestirse como todos los reclusos, con ropa del Decathlon, que es barata y además abriga. Correa se quejaba de que había pedido permiso para trabajar en la cárcel pero se lo habían denegado. Mientras Pablo Crespo, su mano derecha, también condenado, se dedicaba a estudiar Derecho y su primo Antoine se divertía en el coro de la prisión, donde coincidía con reclusas, Correa se desesperaba en su celda compartida.



Después lograría evadirse con el ejercicio. Corría en el patio de la cárcel e iba al gimnasio. Antes de salir, presumía incluso de las abdominales que tenía.



CON LA PANDILLA DE LA CÁRCEL

Hizo amigos durante su estancia. Gente a la que trató de ayudar cuando salían. Allí todos eran, como él

Con su entonces mujer, Carmen Rodríguez Quijano, hoy condenada también a 4 años y 8 meses de cárcel, en la boda de la hija de Aznar en 2002. En un yate (foto de su álbum personal). Ficha policial de su ingreso en prisión. Los acusados de la 'rama valenciana' de la Gürtel: Alvaro Pérez el Bigotes, Pablo Crespo y Francisco Correa.

lo que hacen todos los empresarios”, decía. “Si tengo que regalar un reloj o un coche para conseguir un contrato, lo regalo”. Así funcionan, decía, todos los partidos y todos los empresarios. “¿O por qué crees que estaba Florentino Pérez en la toma de posesión de Pepe Blanco?”, me preguntó, en referencia al nombramiento como ministro de Fomento del socialista en la primavera de 2009. Correa contaba, como declaró en el juicio en la Audiencia Nacional, que él dejó de trabajar con Génova tras marcharse Aznar. Entonces, dijo, “me retiré a mis cuarteles de invierno”. Y que fue entonces también cuando Agag se mar-

chó a Londres a hacer negocios y le invitó también a hacerlo. “¿Pero qué pintaba yo en Londres?”. Durante aquella visita de una hora, Correa lanzó dardos en todas direcciones. También a la Casa Real. “Cuando venía mi asesor de Suiza [Arturo Fasana], mi chófer lo llevaba después a Zarzuela”, me dijo, “a ver al de...” y completaba la frase colocándose una corona imaginaria sobre la cabeza.

también dijo desde que llegó, “inocentes”. Lo peor de aquellos años encerrado fue su familia. La prisión preventiva se prolongó durante tres años y medio y cada vez que hablaba con su hija pequeña notaba que funcionaban menos la excusa de que estaba fuera de España trabajando y la promesa de que pronto volvería a su lado. Entonces se derrumbaba.



« Volví a ver a Correa tres años después, en el verano de 2013. Aquel día nos encontramos en su casa de la urbanización La Finca de Pozuelo. Charlamos en el salón de la primera planta mientras, en el jardín, su primo Antoine y tres excompañeros del módulo nueve de Soto del Real se relajaban en la piscina. Correa se lamentaba entonces de que nada iba a hacer que cambiase su imagen pública. De que por mucho que él hablara, todo seguiría igual. También conversamos sobre Bárcenas. “Yo vi muchos sobres con los nombres de todos los políticos del partido en su despacho de Génova”, me dijo. ¿Vio también el dinero?, le pregunté. “¿Qué iba a haber si no en esos sobres? ¿Estás tonto?” me respondió.

Desde entonces, Correa ha vivido entre Madrid, Cádiz y la cárcel. En estos años ha cambiado al menos en tres ocasiones de número de teléfono. Ha mantenido encuentros *off the record* con periodistas. Pero se ha negado a hablar públicamente. Y se ha acostumbrado ya a que, de tanto en cuando, alguien lo insulte si se lo cruza. En aquella reunión en Pozuelo sabía el futuro que le esperaba y se habían disipado sus humos. Porque lo de don Vito fue un apodo improvisado, pero la broma que sí lanzaba en ocasiones era la de que él era demasiado inteligente para este tiempo, que deberían congelarlo y descongelarlo cuando el resto de la humanidad estuviese a su nivel.

LA SENTENCIA: PUNTO Y FINAL

Ahora, con la sentencia, se pone el primer punto y final a su historia. Más de nueve años ya después de que el mundo se le hundiese aquel febrero de 2009, cuando la policía llamó a la puerta de su despacho y Francisco Correa, Paco, se convirtió en el señor Gürtel, una palabra que aborrece. Cuando sus empleados, que le conocieron y le habían tratado durante años, profesaban esos sentimientos de amor y odio hacia él. El mismo Correa al que comenté, durante aquel encuentro en su casa, que estaba planeando irme a vivir fuera de España y que me animó a hacerlo. “Haces bien. Vete. Este país está lleno de ladrones”, me dijo. “Si no me hubiesen quitado el pasaporte, yo también me iría”. ■



A GOLPE DE LOGO

La firma de moda de hombre más valorada del mundo no diseña, solo estampa su logo en cosas que molan. Y las revende triplicando su valor. Nadie lo entiende, pero está ocurriendo **POR TERESA OLAZABAL**

A caba de ser homenajeada por el Consejo de Diseñadores de Moda Americanos como la mejor firma de moda masculina 2018. Y sin haber diseñado una sola prenda. Supreme, la marca nacida en una tienda de *skate* en NY en 1994 es la reina de la exclusividad. Su fundador, James Jebbia, es el amo a la hora de lanzar con cuentagotas pequeñas ediciones limitadas de cualquier cosa para dar de comer a la avaricia de los jóvenes cachorros del coleccionismo.

Y cuando decimos cualquier cosa, queremos decir un saco de boxeo fabricado en colaboración con la marca Everlast vendido por 20.150 €, una Fender Stratocaster por 5.200 €, sudaderas lisas a 200 € o un ladrillo de

barro (sí, has leído bien) con su logo estampado.

VENDER Y REVENDER

Su gran éxito el año pasado fueron dos baúles en colaboración con Vuitton a los que se alteró el monogram y por ello se vendieron por 88.000 € y 62.400 € respectivamente. En el colmo de la genialidad, han celebrado una subasta hace tres semanas para revender las piezas que ya vendieron y que la propia marca ha pasado tres años recuperando. Y claro: todavía más caras. Si buscas algo especial, debes saber que sus colaboraciones con Levis, Carhartt o Doc Martins y con artistas como Damien Hirst son de lo más buscado. Supreme Spain abre tienda en Barcelona.